

## ¡Estos presentimientos míos tan pendejos!

Víctor Negrete Barrera



Foto Manuel Santiago Pérez

trajera turrone, esa especie de dulce que tanto les encanta cuando les dije ya regreso.

Salí, pues, silencioso, pensando en estas cosas. Luego, otra vez el avisito cuando llegué a la plaza y en medio de tanta gente me sentí solo, sin ningún amigo. Confieso que casi me devuelvo pero dije con coraje: ¡estos presentimientos míos tan pendejos! Vine a lo que me gusta: ¡a ver mantear y tomar unos tragos, no más!.

Es el colmo que uno, que no conoce la esperanza ni en los sueños, no tenga siquiera un día para poder entretener tanta tristeza aunque después las cosas continúen igual o peor que antes. Sobre todo hoy que es 20 de enero y esta es la fiesta grande de Sincelejo. Así es la vida, mejor dicho la vida de nosotros.

Me puse entonces a recorrer la plaza, a buscar un conocido con quién disfrutar un rato en medio de esa bulla tan grandota que hacen los pobres como yo en estas fiestas de corralejas. Cosa rara: las fritangas ni las caraqueñas me llamaron la atención. Tampoco las mujeres, esas mujeres bonitas que llegan de tantas partes mostrando esas caderas duras y esos senos redondos que tanto me gustan. ¡Siempre he pensado que haré yo con una de esas mujeres finas, de piel tan suavcita si me la dieran toda una noche para mí solito!.

Los jueguitos de dados, de ruletas y de busca la piedrecita tampoco me llamaron la atención. Decidí al fin echar un vistazo al interior de la plaza pero no pude pasar por tanta gente, ni siquiera el rabo del ojo pudo entrar. Oí decir sí, que desde el palco de la junta los ricos estaban haciendo llover ron y billetes como nunca.

No sé por qué levanté la vista y pude darme cuenta que el bejuco y el alambre que amarraban las varas estaban flojos o partidos, con el nudo por una parte y más de dos puntas por la otra; los clavos, ya vencidos, miraban hacia abajo y algunas varas se movían facilito, sin ningún control.

Ahí mismo entendí lo de los toquecitos y me acordé de la casa.

Quise salir pero un aguacero me detuvo porque toda la gente de la calle que buscó guarecerse me tapó la salida. Mientras llovía yo miraba las amarras y la alegría y la despreocupación de la gente que me apretaba y me mandaba para acá y para allá como una pelota.

De pronto oí a los lejos unos ruidos y unos gritos extraños que no eran de corraleja ni de gente alegre. Miré enseguida los amarres y no los encontré. Sentí únicamente que se rompieron sin hacer un solo ruido mientras los palcos empujándose uno a otro venían cayendo como las fichas de dominó cuando se paran una detrás de otra y empujamos la primera.

Todo se me vino encima y quedé aplastado. Alcancé a oír unos gritos de espanto y unos quejidos. Entonces tuve miedo, mucho miedo. Fue cuando me acordé de la estampita de la Virgen del Carmen que cargo en el bolsillo de la camisa cuando salgo del pueblo. Me la llevé a la boca con trabajo y empecé a rezar. Padre nuestro que estás en los cielos... no recuerdo más.

Así pasaron las cosas. No siento dolor en ninguna parte, ¿Por qué nadie me presta atención... será acaso que también estoy muerto?.



*Foto Luz Victoria Martínez*

Sincelejo, 1980